

### **LA MUERTE DEL TORO**

*En la plaza, la luna  
hoy se ha caído  
y se rompió los cuernos  
contra el tendido.*

[Seguidilla]

*Toro muerto, vaca es.*

[Dicho popular]

•

*«Ewiges Leben ist die Wiederkehr der Vegetation nur um den Preis, immer wieder zu sterben. Nicht das Individuum überdauert.*

La vida eterna es el retorno de la vegetación sólo a costa de morir una y otra vez. No es el individuo el que sobrevive.» [Klaus Heinrich: *Phänomenologie der Religion II. Ursprung, Bund und die Konflikte des Erscheinens*. Skript (1981) zur Vorlesung an der Freien Universität Berlin 1978-1979, p. 98]

•

Se ha mencionado la importancia que tuvo durante los siglos XII y XIII la práctica del “Toro Nupcial”, como el inicio del ritual moderno, en esto coinciden muchos autores, ya que se puede vincular con la presencia del toreo *caballeresco*, en el que, según Álvarez de Miranda, *ya existía la muerte del toro como uno de los fines principales de la corrida, pero junto con ello va desapareciendo el carácter sacral del toro (mágico-religioso), aspecto que transformó el ritual en lucha y reclamaba la muerte como significado del triunfo y de este modo cuando aparece la muerte del toro y es evidente un ritual de sacrificio, el toro deja atrás, en el imaginario de la gente, su carácter sacro.*

### **LA MUERTE DEL TORO SEGÚN ÁNGEL ÁLVAREZ DE MIRANDA**

[Álvarez de Miranda, 1962: 105 ss.]

«La idea de que la muerte del toro es el desenlace lógico de toda corrida española parecer ser siempre una cosa tan obvia y necesaria a los historiadores del toreo, que han considerado que siempre existía en las corridas. A decir verdad, no les faltan argumentos aparentemente válidos

para pensar de esta manera. Alguna noticia sobre la más antigua fiesta de toros lo confirmaría; como, por ejemplo, la que se refiere a las bodas que se celebraron en León en 1144 entre doña Urraca, la asturiana, y el rey don García de Navarra, en la que, mientras los caballeros toreaban, otros mataban toros. Este es el documento más antiguo en el que se nombra expresamente la muerte del toro a mano de caballeros en las fiestas nupciales. [...]

Hay razones suficientes para preguntar hasta qué punto la muerte de un toro es un elemento verdaderamente antiguo en la costumbre popular del toro nupcial. Es evidente que en el más antiguo monumento conocido del toreo caballeresco (siglo XII) se mataban toros, pero no lo es igualmente en la muerte del toro nupcial en el estadio más antiguo de esta fiesta. En la anécdota taurina, por ejemplo, de la cantiga de Alfonso el Sabio más bien se deduce que la costumbre nupcial no comprendía la muerte del toro. [...]

Principalmente induce a pensar que la costumbre más antigua no era sacrificar al animal el hecho de que en las capeas o en las novilladas, formas populares de las corridas que derivan indudablemente de la fiesta del "toro de cuerda", de aquella que nosotros hemos llamado toro nupcial, falta la muerte del toro o novillo, que después de ser capeado, e incluso banderilleado, era llevado al lugar de procedencia, al campo y en algún caso al matadero. [...]

La muerte del toro, en resumen, no parece que sea un elemento originario, ni el rito nupcial ni en la natural continuación suya, que fueron las corridas rurales, llamadas "toros de cuerda", "novillada" o "capea". Al contrario, la muerte del toro, que ya encontramos documentada desde las primeras manifestaciones del toreo ciudadano y caballeresco, parece ser una nueva invención de este toreo; más aún, una innovación precisamente buscada por la lógica interna del toreo caballeresco, que, dejando al toro en libertad, transformó en peligrosa la lucha con el toro la práctica popular en la que el animal atado no era un adversario del hombre, sino su instrumento de juego útil para lograr los fines rituales. El sentido lúdico, caballeresco y culto, transformó en émulo antagonista al animal que en el sentido mágico-religioso había percibido como diácono. Convirtiéndose el rito en lucha surgía la necesidad de la victoria como epílogo. La muerte del toro era el modo lógico y natural de discernir esta victoria. Lo que hablando del toreo suele llamarse sacrificio del toro es sólo una de las más curiosas pseudomorfosis histórico-religiosas imaginables: la gran paradoja del toreo español consiste en que sólo cuando dejó de ser cuestión sacral comenzó a parecer sacrificio.

Desde el final del siglo XI se cita en varios documentos la profesión de "matadores". Son los directos antecedentes de los toreros actuales; su misión, retribuida pecuniariamente, consiste en matar los toros, ya perseguidos por la gente del pueblo o atormentados salvajemente con flechas, picas, cuchillos, gancho y dardos, por los participantes en la corrida. Además de ser los encargados de matar el toro, los "matadores" tenían la misión de dirigir como jefes aquel combate cruento y salvaje. Esta sería la

primera manifestación conocida de las corridas como espectáculo popular. [...]

La muerte del toro parece no constituir, con toda seguridad, un elemento del rito nupcial originario, sino una innovación del toreo caballeresco. Desde sus primeras manifestaciones, en los siglos XVII y XVIII, la corrida moderna considera la muerte del toro no sólo como un elemento esencial, sino como la culminación de la fiesta. Es imposible dejar de ver en la muerte del toro un elemento, el más importante sin duda, trasladado del toreo caballeresco a la moderna corrida de toros. Parece natural, por lo tanto, que este elemento se haya encuadrado en la corrida con un carácter más o menos caballeresco, siempre desprovisto de todo contenido ritual, siempre con el carácter lúdico que en la corrida caballeresca tenía la muerte del toro. [...]

La función lúdica de la muerte del toro en la corrida no parece tan clara. La costumbre popular del toreo parece haber recogido la muerte del toro, fenómeno que originariamente no formaba parte del rito, como culminación del rito mismo. [...]

Lo inesperado y admirable es que este elemento, que originariamente no era ritual, fue percibido y realizado ritualmente en ambientes populares; la atmósfera sacral en la que tenía lugar el rito del toro nupcial ritualizó la muerte del toro, haciéndola converger hacia la ritualidad mágica del trato del toro. [...]

En el acto de realizar este episodio supremo de la corrida (la muerte del toro), el pueblo se inspira, una vez más, no en las formas que tenía la muerte del toro en el toreo caballeresco, sino en las ya saturadas de contenido ritual, bajo las que la muerte del toro fue encuadrada por obra del pueblo en la fiesta del toro nupcial. [...]

Incluso hasta la muerte del toro, elemento no existente originariamente en el rito nupcial, adoptada más tarde en dicho rito y en sus evidentes prolongaciones que fueron las corridas rurales, se empapó de la atmósfera y de los matices rituales que conserva el trato seguido con el toro. Estos matices y esta atmósfera pueden resumirse en la creencia de que las virtudes primordiales de este animal son susceptibles de transmitirse a aquellos que entran en contacto con él. [...]

Los elementos fundamentales del toreo español moderno, no sólo no se explican por el contenido lúdico de la fiesta de toros, sino que revelan, en ciertos casos con evidente claridad (suerte de capa, banderillas) y en otros con indicios importantes (muerte del toro, utilizando un trapo blanco), la persistencia del antiguo trato ritual del toro, que se basa en la magia del contacto, a fin de obrar una transmisión de potencia.»

## **CRÍTICA A ÁLVAREZ DE MIRANDA**

«Como es sabido, Álvarez de Miranda sostiene que la muerte del toro no es un elemento original del rito del toro nupcial, sino un elemento tomado del toreo caballeresco. El toreo caballeresco sería una prolongación deformada,

secularizada y lúdica del rito popular (1962: 113). En él, el toro, al correrse suelto, se transforma en adversario y el rito mágico-religioso, ligado a la fecundidad y basado en la magia de contacto, se convierte en lucha. En el toro nupcial Álvarez de Miranda encontró una serie de elementos (uso de capas y banderillas) que después, a través de las capeas populares, habrían llegado a las corridas convencionales. Estos elementos le sirven para argumentar el origen popular y no caballeresco de las corridas de toros modernas.

Aunque compartimos con Álvarez de Miranda la tesis de que el toreo a pie debe más a los ritos populares del toro que al toreo caballeresco, no compartimos la tesis de la ausencia del sacrificio en la ritualística taurina popular, y en particular en los toros de cuerda. Una cosa es que los toros nupciales, y los toros de cuerda en general, no constituyan un enfrentamiento en el que se trate de dar muerte al animal de la forma más rápida posible, como en el toreo caballeresco, y otra que el sacrificio y el posterior banquete estén ausentes de estos ritos.

En el siglo XIX la muerte y comensalía del toro nupcial formaban parte de la costumbre popular del toro nupcial en Extremadura. Por otra parte, los argumentos en que Álvarez de Miranda se basa para afirmar la inexistencia de muerte en los toros nupciales son extremadamente débiles. La primera prueba que aporta es que, según cuenta la susodicha cántiga, el toro, al ser amansado, después nunca hizo mal a nadie, de lo que se desprende que no se lo mató (1962: 106-107). Resulta plausible pensar que si lo que quiere la cántiga es resaltar el suceso milagroso, había que dejar al toro vivo en el relato. La siguiente prueba la toma del fuero de Zamora, según el cual, tras obligar a correr los toros en lugar cerrado, se dice que si alguno se escapara se le diera muerte (1962: 107). De ahí concluye Álvarez de Miranda que si no se escapaba entonces permanecería vivo. Sin embargo, también pudiera ser que el toro muriera de todas formas. La tercera y última prueba es la de que en las capeas populares no se mataba a los toros, sino que eran devueltos al campo (1962: 108).

Frente a estos argumentos, tenemos que hacer valer otros hechos que reinsertan el sacrificio y la comensalía del animal como elementos esenciales del rito. En primer lugar, tenemos la existencia de ejemplos, en el entorno cultural del Mediterráneo, de sacrificio y comensalía del toro por motivo de boda. Entre los pueblos bereberes de Marruecos y Argelia existe la costumbre ritual de sacrificar y comer un toro o novillo con motivo de boda (Tarres Chamorro, 1998: 227 *sqq.*). Por otra parte, tenemos la constancia de que la práctica totalidad de los toros de cuerda celebrados con motivo de "caridades" y votos a los santos patronos, que se celebraban en incontables pueblos españoles, culminaban con la muerte y reparto de la carne del animal sacrificado (Flores Arroyuelo, 1999: 64-72). Finalmente, hay que tener en cuenta que entre las leyes antitaurinas se encuentran algunas que prohibían los toros a muerte, como la de 1785, por lo que la ausencia de la misma en algunas fiestas populares de toros, tal y como fueron descritas en el siglo XIX por los folkloristas, podría deberse a una adaptación del rito para

seguir celebrándolo, aunque sin dar muerte al animal. Esto, unido a la escasez de recursos económicos es lo que explica, a nuestro juicio, la ausencia de la muerte, pese a que en algunos pueblos ese cambio se haya convertido en costumbre.» [Francisco Campuzano (2003)]

## **LA MUERTE DEL TORO ¿ELEMENTO ESENCIAL DEL RITO O SOLO DESENLAZADO DEL JUEGO?**

En el siglo XVII la estocada en rectitud y a pie firme se llamaba *suerte de la ley*. Esta suerte inspiró la creación de la muleta e hizo necesaria una faena previa al momento supremo: la tarea de colocar al toro en disposición de la estocada, a la vez de asegurar su atención en el engaño, fijar su vista en la tela que ha de guiarle al efectuarse la suerte de matar. La faena, lo mismo que la muleta, nace de la muerte, siendo ambas tan integrales a la suerte suprema.

-----

«Las narraciones que nos llegan de aquella época no son muy completas sobre el discurrir del festejo. Al parecer tenía dos partes, una que era para el lucimiento de los caballeros que jugaban con el toro y el caballo, burlando las acometidas de aquel, incluso llegaban a lanzar dardos u otro tipo de picas, sobre el lomo del toro, pero no solían darle muerte. Esto quedaba para los peones, gente del pueblo aficionada a torear. Lo hacían a pie, actuando en grupos, hasta agotar al toro. Cuando este no daba más juego, ponían fin a la suerte matándole. Esta hora de la verdad ni siquiera era una parte del juego sino el fin de este de forma que, siendo el carnicero el más capacitado para sacrificar al toro, que además era quien debía distribuir su carne, a él se le encomendaba la tarea. Para ello se seguía el procedimiento habitual de matar las reses, prácticamente como lo hacía en la propia carnicería, o en el matadero. El oficio o gremio de carniceros normalmente era el que se encargaba de facilitar los toros que se iban a lidiar. Luego, los mismos carniceros vendían la carne, al parecer eran retribuidos por el municipio, o por quien asumiese el gasto de la celebración de la corrida. Corrido el toro, en algunos pueblos, no se le mataba, sino que se le dejaba regresar a la zona de pastoreo.» [Duviols / Molinié-Bertrand / Guillaume-Alonso, 1999: 81 ss.]

-----

«Es posible que la muerte del toro, como mantiene Antonio Ordóñez, no aporte nada definitivo al arte del toreo. Principalmente para los que no entendemos la lidia como un feroz combate del que, claro está, la muerte del enemigo sería la consecuencia lógica de la batalla; sino como un diálogo artístico». [Felipe Garrigues]

-----

«La muerte de los toros no era en la época primitiva de la fiesta, una suerte propiamente dicha, sino un recurso que se empleaba para dar fin a las reses, sin estar sujeto a reglas fijas ni tener un arma determinada. Lo

mismo se empleaba la lanza del guerrero, que el machete, que la media luna. Tampoco se determinaba dónde y cómo debía herirse. Se mataba como se podía. Todos los recursos eran lícitos. Pero llega un momento, precisamente aquel en que el toreo pasa de ser un deporte para constituir una profesión, en que se advierte que estos medios eran poco airosos y nobles para matar los toros. [...]

Y es entonces cuando se siente la necesidad de descubrir un procedimiento más a tono con la gallardía y belleza de la fiesta. De aquí nació la espada o estoque; y con ella, su medio auxiliar: la muleta. En lugar de usar el ferreruelo u otro objeto para tapar los ojos al toro al ir hacia ellos, se descubrió la muletilla, llamada así no sólo por sus pequeñas dimensiones. "Pepe-Hillo" describe su tamaño diciendo que es un palo ligero de dos cuartas con un gancho romo en un extremo, en el cual se mete un capotillo, cuyas puntas deben unirse en el otro extremo del palo, dándole algunas vueltas para que quede seguro. [...]

La muleta conservó este tamaño hasta Julián Casas "El Salamanquino", que la aumentó; y más tarde "El Gordito", que alargó el palo. Y así, de concesión en concesión, se llegó al abuso de sacar una muleta de dos varas de largo, cinco de vuelo, dar un cambio a dos metros y aplaudir la gente. [...]

La muletilla tenía en su primitivo origen, exclusivamente por objeto, llamar la atención del toro hacia un punto cuando el diestro se disponía a engendrar el viaje para herir. No se conocía ningún pase, pues la muleta sólo se empleaba en el momento crítico de matar. Fue después, el primer día que un toro echó la cara arriba, la humilló o se arrancó hacia el bulto, cuando los matadores advirtieron que aquel diminuto trapo rojo, podía servirles para algo más que para desviar la mirada del toro al cuerpo del matador cuando éste se disponía a despachar a la res. La observación les hizo saber que había toros con defectos que podían ser corregidos con la muleta; y otros, que por exceso de poder y de bravura ofrecían dificultades para colocarlos en suerte, y que sólo la muleta podía resolverlos. Y entonces se convirtió de simple medio auxiliar creado por la astucia, en instrumento de castigo, defensa, adorno y lucimiento, descubierto por la inteligencia. [...]

Y de esta forma fue cumpliendo la doble finalidad para que fue creada: castigar, dominar, restar poderío, corregir defectos, quitar resabios y trastear bella, airosa, gentil y gallardamente. [...]

Lo que nadie podía sospechar, pues escapaba a todos los cálculos de previsión, es que la muleta que, en definitiva, no era más que un recurso de la suerte de matar, se convertiría, andando el tiempo, en fundamento del último tercio, hasta el punto de eclipsar la estocada. Pero así ha sucedido». [Luis F. Odría: *El arte del toreo y los secretos de la lidia.*]

-----

«En los comienzos, la forma más vista de entrar a matar era la de "recibir". Había que emplearla cuando el toro conservaba su movilidad y todavía no se había aplomado, pues en esta situación se hacía imposible su ejecución.

Debido a ello, se procuraba dar los mínimos pases con el capote y la muleta para castigar lo menos posible al toro. [...]

Como, a pesar de todo, muchos toros se aplomaban, tendían a pararse después de la suerte de varas, mostrando la mayoría de ellos querencia a las tablas y resistencia a arrancarse, se hizo necesaria la suerte de matar al volapié, iniciada de forma determinante por Costillares, y que cada vez se hace más necesaria y más frecuente. [...]

Si esta suerte se inventó para sorprender a los toros y matar a los que se paraban, lo más lógico es que ésta se realice con rapidez para, precisamente, conseguirlo. [...]

En la antigua y moderna Tauromaquia (por lo menos hasta después de Guerrita), el matar a los toros de una única estocada era cosa singular y que sucedía pocas veces, concediéndose gran importancia a la forma de atacar al toro en el momento de realizarla. [...]

En el tercio final, lo fundamental era la muerte de toro a estoque, la estocada. Al principio se procuraba no fatigar demasiado al toro, para que éste llegara "levantado" a "la hora de la verdad" y así poder recibirlo con el estoque. Pero, en poco tiempo, una lidia más larga y unos quites más floridos obligaron a utilizar la suerte del volapié, pues muchas veces, en el momento de la muerte, el toro ya estaba parado y no se podía recibir, ya que no se movía. [...]

Es de destacar que en esos tiempos se valoraba más un buen pinchazo que una estocada mal realizada y con mala colocación. A su vez, los toros casi nunca se mataban a la primera, a pesar de lo cual, si la estocada sobrevenía después de uno o dos buenos pinchazos y ésta era correcta, la acción era muy valorada y premiada con el favor del público». [Juan Pedro Domecq]



«En los orígenes de la corrida, el último tercio se denominó con toda razón "de muerte", ya que en él no se asistía en sustancia más que a la estocada que acababa con el animal. Lo que precedía era simplemente una mínima serie de lances imprescindibles para colocarlo en suerte. [...]

Esos lances fueron creciendo en número e importancia. El público prestó particular atención a la manera de dominar y mandar a las reses con la muleta. Este engaño, de tamaño sensiblemente inferior a la capa, manejado comúnmente con una mano, establece una relación más directa e inmediata entre toro y torero. [...]

Durante el siglo XIX y primeros años del XX, la faena de muleta ante toros broncos, con poder (la suerte de varas consistía en una serie de picotazos), se desarrollaba con el matador y las cuadrillas en el ruedo, además del cadáver de algún caballo sacrificado en varas. [...]

La época de Gallito y Belmonte (1913-1920) presenció la transformación de aquella lidia multitudinaria y algo atropellada. A partir de entonces, el espada tiende a quedarse solo frente a la res y a construir la faena sin

auxilio alguno. Esta circunstancia le ha dado especial intensidad y ha hecho crecer su importancia y relieve, hasta el extremo de que amenaza con reducir a la nada los tercios precedentes. [...]

Este exagerado predominio del tercio de muleta ha influido en la evolución del toro de lidia. Se han impuesto los encastes que se entregan poco en el primer tercio y van desarrollando su bravura a medida que avanza la lidia, de modo que alcanzan su mejor disposición cuando, por la sangre vertida, han empezado a perder su fuerza y violencia. [...]

Hasta principios del siglo XX las ganaderías punteras eran las que hacían una brava pelea en varas, aunque después se aplomaran en la muleta». [Pedraza, Felipe B.: *Iniciación a la fiesta de los toros*.]

-----

«En cuanto a qué cosa sea lo que el torero se propone hacer con el toro no se puede decir en pocas palabras, porque es materia muy sutil. Desde luego, no se propone lo que el toro respecto a él. Lo que le interesa no es suprimir al toro matándolo. La suerte de matar, su sentido y su existencia son un secreto de la historia del toreo que no voy a aventar aquí.» [Ortega y Gasset, José: "Prólogo a «Veinte años de caza mayor», del Conde de Yebes" (1942). En: *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1961, t. VI, p. 438, nota]

-----

«La situación es, pues, que se ha dicho muy poco sobre la muerte cuando se ha dicho que es horrible, porque este adjetivo, como en general los adjetivos, no resuelven nada. No está dicho siquiera que el mayor y más moral homenaje que podemos tributar en ciertas ocasiones a ciertos animales no sea matarlos con ciertas medidas y ritos. Ello es que a toda esa morfología de la muerte se contraponen la caza como algo sin par, pues es el único caso normal en que matar a una criatura constituye la delicia de otra. Esto lleva ya al último paroxismo las dificultades de su ética.

Yebes nos hace saber que los ingleses inician una forma de caza en que todos esos conflictos de conciencia quedan soterrados; consiste en que la cacería no termina con la captura o muerte de la pieza, sino con sacarle una fotografía. ¡Qué refinamiento! ¿No es cierto? ¡Qué ternura de alma la de estos anglosajones! ¡Se avergüenza uno de que hace treinta años, un día, a la hora de la siesta, mató aquella mosca demasiado impertinente! Claro es que el Imperio Británico no ha sido forjado con sedas ni bombones, sino empleando la mayor dureza frente al sufrimiento de los otros hombres que conoce la historia occidental.

Esto me recuerda que en lo más crudo de nuestra guerra civil una señora inglesa ofreció dinero para crear ambulancias que recogiesen heridos y los cuidasen. Se aceptó la oferta; pero al ir a cumplimentarla resultó que los heridos para quienes la señora premeditaba las ambulancias no eran hombres heridos en la guerra, sino los perros vulnerados o enfermos.

Porque es lo que decía la buena señora: «De las guerras terribles tienen culpa los hombres que las hacen; pero los perros no son culpables de las heridas que reciben». Mas ¿cómo y de dónde estaba esta señora tan segura de que los hombres sean últimamente culpables de las guerras? En vez de preocuparse tanto de los perros debiera esta señora haberse preocupado un poco más de no estar tan segura en materias sobre las cuales no cabe, tal vez, seguridad. Esa brutal seguridad ante lo que es indescirnible, representa bajo su facies de ternera ultrasensible una forma peculiar de barbarie, amamantada en la doble teta de la estupidez y la petulancia. Pues bien hace pocos días he leído en *The Times* noticias sobre la zalagarda que ha armado en Sud-África otra señora, poniendo pleito a una sociedad de seguros por negarse ésta a asegurarle, en plena guerra, la vida de los peces de colores que tiene en sus bocales y estanques.

A la efectiva brutalidad en el trato con los animales, que hace años era habitual en algunos países latinos, responde el inglés con otra exageración. La caza fotogénica es un amaneramiento y no un refinamiento; es un mandarínismo ético no menos deplorable que el intelectual de los otros mandarines.

Es inconcebible que no se haya hecho ningún estudio, desde el punto de vista ético, sobre la Sociedad Protectora de Animales, analizando sus normas e intervenciones. ¡Vaya usted a saber si la zoofilia inglesa no tiene una de sus raíces en cierta secreta antipatía del inglés hacia todo lo humano que no sea inglés o griego!» [Ortega y Gasset, José: "Prólogo a «Veinte años de caza mayor», del Conde de Yebes" (1942). En: *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1961, t. VI, p. 466-467]



«No basta decir que es inmoral maltratar a los animales; es preciso definir un poco lo que se entiende por maltrato. Si la Sociedad Protectora de Animales concretase sus ideas sobre el asunto, veríamos que no estábamos nadie o casi nadie de acuerdo con ella. Hay aquí un difícil problema de ética, tan difícil como todo el resto de la ética. El tema interesa muy especialmente a los españoles, por causa de los toros.

¿Es tan claro, tan evidente como algunos presumen, que no se puede – moralmente hablando– hacer daño ni al toro ni al caballo? ¿Es de mejor ética que el toro bravo –una de las formas más antiguas, en rigor arcaica, extemporánea, de los bóvidos– desaparezca como especie y que individualmente muera en un prado sin que muestro su gloriosa bravura? Es un error creer que la capacidad de sentir resonar en nosotros el dolor sufrido por un animal sirve de medida para nuestro trato moral con él. Aplíquese el mismo principio al trato de los hombres y se verá su falsedad. La evitación del sufrimiento es una norma ética; pero nada más que una, y solo adquiere dignidad de mandamiento cuando se articula con los demás.» [Ortega y Gasset, José: "Sobre el vuelo de las aves anilladas". En *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1962, p. 13-14]



«La muerte de toros no formó en el período incipiente de las lidias una suerte propiamente dicha, pues aunque constantemente se acostumbró á exterminarlos en el coso, se empleaban a este propósito, multitud de medios sin sujeción a reglas, usando la lanza del guerrero, el simple rejoncillo, los mandobles de grandes y tajantes machetes, o enormes lanzones y medias lunas, con los que desjarretaban a las reses de cualquier manera y por cualquier parte, tapándoles antes los ojos con capa o ferreruelo, para rematarlas a mansalva. [...]

Ninguno de los indicados recursos, por alevés, rudos y falibles, era adecuado para el objeto que motivara su adopción; y en consecuencia, se dejaba sentir la necesidad de descubrir otro que estuviese exento de aquellos defectos. [...]

Por fortuna, para la Tauromaquia, lo halló el inmortal Francisco Romero. En su más tierna edad concibió la idea de que podía darse muerte a los toros con espada y muleta, y, acariciándola sin cesar, la ensayó varias veces con buen efecto, decidiéndose, cuando estaba seguro de su predominio sobre las reses, a dar una corrida pública en la que ofreció matar los toros con el arma y defensa por él imaginadas. [...]

Llegó el día anunciado, que se cree por Abenamar y otros escritores, fuese uno de los del año 1726, cuya opinión nos parece acertada, y los habitantes de Ronda y pueblos inmediatos, acudieron presurosos al circo, ávidos de presenciar la sorprendente novedad. [...]

El sobresalto y la admiración se apoderó del público durante el prólogo de la terrible prueba, contemplando la debilidad del hombre ante la pujanza y ferocidad de un cornúpeto; pero henchidos de júbilo y pasmo, vieron terminarse la fiesta sin ninguna contrariedad y proclamaron la victoria de la inteligencia sobre la fuerza. [...]

El feliz éxito de la tentativa alentó a todos, y la repetición de fiesta de igual clase e idéntico resultado, preparadas por los favorecedores de Francisco, llevó a éste a la deseada meta, alcanzando la realización acabada de su ideal. [...]

Romero, que, mediante una observación detenida y reflexiva, había logrado penetrar los instintos de las reses, las esperaba cara a cara e inmóvil, y viéndolas llegar serenamente, les daba salida con el engaño hundía el estoque fuertemente en la cerviz del animal, que, por lo común, caía sin que fuese preciso reproducir la faena. [...]

Dedúcese de lo expuesto, que los honores de la invención de la suerte de matar corresponden a Francisco Romero, y que la inventada por este no fue, ni más ni menos, que la que hoy denominamos de recibir. [...]

Diferentes autores taurinos pretenden separarse de la general creencia, y reclaman esa gloria para otros caballeros y toreros; pero es lo positivo, que si algunos de los primeros, como el abuelo del celeberrimo Moratín, mató toros a pie y con espada, lo hizo sin muleta, esquivando el bulto y sin esperarlos nunca de frente; y respecto a los segundos –los hermanos

Palomo y el Africano– existen datos que testimonian que verificaban la suerte por los años de 1748 al 60, es decir, bastante más tarde que Romero. [...]

Pedro Palomo, Costillares y Jerónimo José Cándido, nos legaron otros modos de llevar a cabo la suprema suerte [...] y quitaron al lance la monotonía que lo revestía en un principio. [...]

Desde que se introdujo la muleta, han sido contados los matadores que han dejado de valerse de ella, porque no es dado encontrar otro artificio que ventajosamente la sustituya. [...]

La suerte de muerte es la más lucida que se practica y la más difícil, por ser la última y estar ya el toro con mayor conocimiento y picardía. Consta de dos partes: los pases y la estocada.» [Sánchez Lozano, J.: *Suertes del toreo que ordinariamente se verifican en coso*. Libro tercero del *Manual de Tauromaquia*. Sevilla, 1882]



«En el último tercio de la lidia se comprende la preparación del toro para la muerte con la muleta, y su muerte a estoque. Es el más trascendental de la lidia y aquel en que el matador da una muestra más cumplida de su habilidad y de su arte. [...]

Todos los reglamentos prescriben que "los espadas tienen la obligación de brindar su primer toro a la presidencia". [...] Desde el acuchillar al toro hasta la actual suerte de matar, ha sufrido esta una evolución muy considerable; pero aún ha sido mayor la experimentada por las operaciones previas de preparar el toro para la muerte. Con el lienzo o primitiva muleta, cuyo uso hemos de situar a fines del siglo XVII o muy a principios del XVIII, tan solo se prevenía la defensa para dar la estocada. Mas a poco empiezan a darse cuenta los diestros de las posibilidades artísticas del toreo con tal instrumento, y acaso primero Francisco Romero; pero después, y con toda seguridad Joaquín Rodríguez Costillares, convierte la elemental preparación en juego complicado de suertes que había de clasificar ya y regular la Tauromaquia de Pepe-Hillo. [...]

Muerto el toro, el diestro recibe el galardón que el público discierne. Consiste el máximo en la concesión de la oreja del toro, simbólico recuerdo del otorgar como premio el toro entero o su valor en metálico, que rige en el siglo XVIII.» [José María de Cossío]



«Hablemos mucho más claro: antes de aceptar, sin más, la crueldad de la corrida de toros habrá que discutir sobre la guerra, sobre la caza, sobre el boxeo y otras muchas cosas que la cortesía me impide enumerar. Cuando la humanidad esté en un grado tal de civilización que no quede ninguna crueldad, entonces sería cosa de hablar de suprimir las corridas de toros. Pero mientras los seres humanos hablen tranquilamente del número de hombres que cada nación puede matar en un momento determinado, hablar de la crueldad de las corridas de toros es ridículo. Dentro de las crueldades

humanas no se puede tomar ni un pequeño detalle que compita en belleza con la realización artística del toreo. [...] El toreo se esparce por la vida toda, saber torear es saber vivir. En este mundo todos toreamos y el que no torea embiste.» [Ignacio Sánchez Mejías: "El pase de la muerte", conferencia en el Instituto de las Españas de Nueva York el 06.02.1930, publicada en la revista *Quites*, n. 6, 1987. Diputación provincial de Valencia.]



Cuando se muere siempre se muere, además de para sí, para los otros. El brindis ante la muerte posible en el toreo (y en los gladiadores) tiene un significado profundo: el ofrecimiento de la muerte propia probable al otro, al que se erige ahora en objeto primordial de nuestra relación. La solemnidad que reviste el brindis tauromáquico al público, sitúa de inmediato al diestro en héroe total, y es acogido siempre con muestras de agradecimiento (sensible) visible.

No creamos que lo que se ofrece aquí es, sin más, la muerte del toro. Esto sería un asunto trivial si no llevase consigo la posibilidad de muerte del torero. Ahora bien, correr el riesgo de ser muerto es, en este caso, aceptar voluntariamente la posibilidad de morir. Por eso se vive como fraude la experiencia taurina en la que, por medios de corrupción al uso, se decrece el riesgo y sólo queda, como ofrecimiento real, la muerte del indefenso animal. [Castilla del Pino, Carlos: *Patografías*. Madrid: Siglo XXI, 1972, p. 83]



«Decía en mi artículo anterior que torear era llevar al toro desde su estado natural a la muerte y por tanto un verbo que implica evolución. Un lector portugués me corrige explicando que en el toreo de su país el toro no muere y que el acto sigue llamándose toreo y considerándose como tal.

Recapacitando y tirando de diccionario encuentro que torear es la acción de lidiar y que lidiar es conducir al toro hacia la muerte, luego podemos dar por válida la definición anterior del toreo. Sí es cierto que existe una definición de la lidia como acción encaminada a lograr la muerte del toro; ese sería su objetivo y torear la manera de hacerlo con belleza, armonía y conjunción, es decir con arte. Pero esas son explicaciones que no nos interesan en este momento.

Al leer la anotación de este lector portugués me han venido a la cabeza las teorías de catedrático de Historia de las Religiones Ángel Álvarez de Miranda, que realizó uno de las más bonitas y significativas investigaciones sobre la fiesta de los toros en España: *Ritos y juegos del toro*. En ese libro Álvarez de Miranda analiza la relación entre el trato al toro y las religiones y el origen del sacrificio y del rito.

Al hacer este análisis el profesor hace además un recorrido por una historia del toreo poco conocida. Entre las teorías que mantiene está la de que la muerte del animal es un elemento relativamente moderno en la tauromaquia

y que no llega a existir hasta que el toreo se convierte en lucha, en el toreo caballeresco (el que se realiza a caballo).

Para Álvarez de Miranda sucede una cosa rara, pues mientras la muerte del toro no se ha dado en el momento del rito, sí aparece cuando éste se convierte en lucha: pelea entre caballero y toro que debe terminar en muerte. No había sucedido con anterioridad ni sucede en los vestigios de los rituales que quedan: el toro nupcial, el de maroma y la capea, en los que el toro no muere o al menos no lo hace en la plaza.

Sin embargo, todo parece indicar que la muerte del toro sí sucedía en los rituales de los íberos ya que en las escenas de sus templos se han encontrado restos de cornamentas, fuegos y armas punzantes. Es probable que Álvarez de Miranda no conociera estos descubrimientos. Por otro lado, algunas teorías un tanto complicadas se forman alrededor de la muerte del toro e intentan explicar ésta como un ritual en el que el torero, vestido de manera afeminada, se recalca la montera como signo de esa feminidad, mata a la bestia negra del mal, que representa la fuerza y la fertilidad del macho. Tras la lucha, inteligencia contra fuerza bruta, el matador introduce su espada, a modo de falo, en el hoyo de las agujas del animal que representaría una vagina.

Cuando la muerte se produce, el torero, ya sin montera, se ha contagiado de la fuerza bruta del animal y ya no se ven en él connotaciones femeninas sino masculinas, adquiridas como trofeo al ser capaz de vencer sobre su oponente. Semejantes teorías no tienen pinta de ser en absoluto modernas y de ellas se deduce que el toro moría entre los peninsulares desde hace mucho tiempo. Pero aquí la teoría de la muerte sigue estando relacionada con la lucha.

Es una pena que no se sepa con certeza en qué condiciones se realizaba en la prehistoria el trato con el toro, ni cuál era el destino final del mismo en aquellos tiempos del rito. Sin embargo, parece acertado pensar, desde la lógica del ritual, que el fin fuera la muerte del animal. Siendo eso así ¿por qué no sucede en las tradiciones más antiguas que hoy conservamos y que son el toro de cuerda y las capeas?

El toreo hoy en día se entiende como una lucha. No ha dejado de serlo desde aquellos tiempos en que empezó el toreo caballeresco, pero no sabemos si también lo fue con anterioridad a ese momento. La lucha termina en muerte y eso llena de significado al espectáculo, le da su razón de ser. No sólo desde el ritual que sigue siendo el toreo, sino también por la situación estructural de la fiesta que sólo puede sobrevivir hoy en día a partir de la muerte del animal que exige la lidia del siguiente, generando continuidad en la cabaña brava.

Sí es cierto que el toro que no muere en plaza, como es el caso de Portugal, muere luego en un matadero, de manera mucho menos seria. Además, la suerte de la muerte es la más peligrosa de la corrida, es el momento en que toro y torero se enfrentan con más verdad, el uno frente al otro, los dos armados con las mismas armas. Ese momento dignifica al toro por

exposición del torero y porque en él se le da la última posibilidad de cumplir su cometido, enganchar al hombre.

El toreo sin muerte denigra al animal, lo convierte en una pantomima y le niega un desenlace justo, de igual a igual. Es parte de la razón de ser del espectáculo. Quizás por eso en Portugal profesionales y públicos abogan por permitir la suerte suprema y honrar así la figura de un animal mitológico y a la vez actual.» [Lázaro Echegaray: "[El rito, la lucha y la muerte](#)", 20/10/2005]

## **CARÁCTER FUNERARIO DEL TORO – BINOMIO VIDA/MUERTE**

Es imposible establecer un tronco común para los ritos y juegos del toro en la historia de las culturas y de las religiones desde la prehistoria hasta hoy. Lo que podemos constatar es la polivalencia de la figura del toro en todas estas culturas y religiones. En cada una de ellas ha experimentado variaciones significativas a lo largo de los siglos, pasando de la esfera de lo religioso a la esfera lúdica, emulación de un rito que reproduce un mito olvidado, como bien explicó Ángel Álvarez de Miranda.

Podemos leer la muerte del toro en las corridas actuales como un sacrificio en el sentido de los ritos y mitos antiguos. Podemos ver la suerte suprema en la corrida actual como la culminación de un rito, aunque la muerte del toro en la corrida moderna ¿no es más bien una necesidad que un sacrificio?

No se puede negar la existencia de ritos sacrificiales de toros, lo que no significa que todos los ritos y juegos con el toro puedan agruparse bajo la denominación de "ritos sacrificiales". En muchos de estos ritos y festejos no está clara la existencia de una deidad receptora del sacrificio a cambios de beneficios para los humanos. Tampoco se puede probar que la muerte del animal sea un rasgo estructural de dichos actos taurinos.

Desde las pinturas paleolíticas encontradas en las cuevas de la zona franco-cantábrica y de la zona levantina hasta la corrida como "fiesta nacional", la presencia del toro ha sido una constante. Como lo atestiguan los numerosos testimonios de todas las grandes civilizaciones surgidas en torno al mar Mediterráneo. Pero con la evolución de las antiguas culturas fue cambiando también el simbolismo de la figura del toro, sobre todo a partir del Paleolítico y el descubrimiento de la agricultura y la domesticación de los animales.

En la esfera de lo religioso, el toro fue pasando de la esfera de lo ctónico o telúrico (terrenal) a la esfera de lo uránico o astral (celeste), de ser garantía de la re-generación de la vida tras la muerte a formar parte de la esfera de las divinidades.

"La evolución del teriomorfismo hacia el antropomorfismo en la religión antigua señala inexorablemente el progresivo empobrecimiento del toro como figura religiosa" (Álvarez de Miranda 1962: 209). A veces alarga su existencia, como en las religiones místicas, en las que perdura como elemento simbólico y como víctima propiciatoria en los sacrificios rituales, o vinculado al valor mágico fecundador de la sangre del animal.

Álvarez de Miranda puso mucho empeño en demostrar que la muerte del toro no constituye un elemento del rito nupcial originario que está presente en las corridas modernas, sino una innovación del toreo caballeresco. La muerte del toro es la culminación de la fiesta en la corrida moderna y sería un elemento trasladado del toreo caballeresco a la moderna corrida de toros, un elemento desprovisto de todo contenido ritual. Pero a Álvarez de Miranda la función lúdica de la muerte del toro en la corrida no le parece tan clara. Cree que la costumbre popular del toreo parece haber recogido la muerte del toro, que originariamente no formaba parte del rito, como culminación del rito mismo. "La atmósfera sacral en la que tenía lugar el rito del toro nupcial ritualizó la muerte del toro, haciéndola converger hacia la ritualidad mágica del trato del toro". El toro ahora es intuitivo como portador de la potencia mágica de la fecundación y su valor ya no se vincula a su aniquilamiento sacrificial, sino a su presencia y a su contacto. La intervención del toro en las prácticas populares estaría vinculada a la creencia en el poder fecundante de este animal como símbolo de potencia generatriz y a su virtud de transmitir este poder a los seres humanos a través del contacto con él.

El trato ritual del toro se basaría, según este autor, en la magia del contacto con el toro, a fin de obrar una transmisión de potencia. De modo que, si en las religiones nacionales, el toro perdura como símbolo y en las místicas como víctima, en la magia popular desaparecería como objeto religioso y se introduciría en la esfera profana. Como en la magia no existe referencia a la divinidad, se pierde la conciencia del carácter religioso del antiguo rito, al mismo tiempo que se va descubriendo el germen lúdico que posee el toro.

El toreo caballeresco sería una prolongación deformada, secularizada y lúdica del rito popular. En él, el toro, al correrse suelto, se transforma en adversario y el rito mágico-religioso, ligado a la fecundidad y basado en la magia de contacto, se convierte en lucha. El toreo caballeresco era un espectáculo lúdico. Lo interesante, según este autor, es que "solo cuando dejó de ser cuestión sacral comenzó a parecer sacrificio" (1962: 81).

Pero hay que anotar que la creencia de que el toro es portador de la potencia generadora y que el contacto con él hace a los humanos ser partícipes de la misma solo puede haberse formado en la imaginación colectiva a partir del Neolítico en las sociedades agrarias. Algunos autores aventuran la hipótesis de que algunos mitos y ritos del toro "se remontan al Paleolítico" sin aclarar la presencia del toro desde tan temprana época y qué cambió con la revolución neolítica. Si en el Neolítico lo más importante era la re-producción, para el cazador y recolector nómada del Paleolítico lo más importante era la re-generación del mundo vegetal y animal tras su desaparición en invierno. No es lo mismo una concepción de la vida como producto que se puede aumentar y multiplicar que un sentimiento de la vida como fase de un ciclo regenerativo que implica siempre la muerte.

El toro no solo tiene que ver con el hombre como rival, sino también con la mujer como aliada. Álvarez de Miranda centra su atención en la relación del toro con la fecundación de la mujer. Las culturas primitivas no eran conscientes de la intervención directa del hombre en la fecundación

femenina, se creía que el acto sexual era solo la "condición previa o preparativo" para que el dios o una fuerza superior actuara.

Si se considera la corrida como un simple juego para demostrar la valentía del torero o para confirmar su masculinidad, hay que condenar la muerte del toro. Aunque la muerte esté exigida por la dinámica del juego, también se puede salir vencedor sin matar al contrincante. Si se percibe la corrida como la reproducción de un rito religioso que hunde sus raíces en la prehistoria, hay que aceptar que la muerte del toro era elemento esencial del rito y del mito desde un principio. Pero no se trataba de una muerte causada directamente por el hombre, sino de un proceso natural. No hay que confundir la muerte que el hombre inflige al toro, en una confrontación a vida o muerte, con la muerte como proceso necesario para la regeneración de la vida. Alancear un toro, como se hacía en las corridas caballerescas o como aún hoy se practica con el Toro de la Vega, se puede interpretar como un acto en el que el caballero ejercita sus habilidades para la guerra (Edad Media), como la presentación de un acto en el que el torero "da muerte al padre" (interpretación psicoanalítica) o en el que se busca la superación de una "impotencia emocional" mediante la potenciación de la masculinidad, o simplemente como una salvajada ... En marzo de 2019, el Tribunal Supremo (TS) ha ratificado la prohibición de alancear al Toro de la Vega al no admitir a trámite el recurso planteado por el Ayuntamiento de Tordesillas (Valladolid), contra la sentencia del Tribunal Superior de Justicia de Castilla y León (TSJCyL).

Dada la diversidad de creencias asociadas al toro y la importancia cuantitativa y cualitativa otorgada al ganado más o menos salvaje en la imaginación colectiva en las diversas épocas de la historia, solo podemos hacer conjeturas desde el presente sobre lo que significó en el pasado la figura del toro.

En la meseta anatólica (Turquía), a partir del VII milenio, el asentamiento de Çatal-Hüyük, formado por viviendas y santuarios, muestra en su interior las primeras huellas de la relación entre el toro y el mundo de los muertos.

«No se encuentran pruebas fehacientes de que en la península Ibérica existiera un dios-toro. Es muy probable que las raíces del valor del toro en las religiones ibera e indoeuropeas se hundan en la prehistoria. El toro no fue venerado como un dios, ni fue divinizado. Aunque eso sí, excepcionalmente da la impresión de que hay asociación con una deidad. El toro es el único animal en relación con el "más allá", con finalidad apotropaica, protectora, relacionada con las específicas creencias de ultratumba iberas. El carácter más generalizado para el toro en nuestra península es el relacionado con el mundo de la muerte, como también lo fue en otras áreas del Mediterráneo. También en Grecia se inmolaban reses de color negro en honor de los difuntos, que eran quemadas». [Blázquez / García-Gelabert, 1997: 422]

Diferentes culturas del Mediterráneo muestran imágenes taurinas en entierros de todo tipo, que vinculan el más allá al poder regenerador del

toro. Se manifiesta la presencia de la diosa madre, como un símbolo de la Tierra, que bajo diversas advocaciones se veneró en todo el Mediterráneo. El toro con carácter funerario está bien documentado en las necrópolis ibéricas del levante y sur de Hispania.

Los pueblos del Paleolítico superior, o del Neolítico temprano, adoptaron diversas formas de enterramientos, en cuya liturgia tomaba parte activa la presencia del toro como elemento protector del finado, al que debía acompañar y proteger en ese incierto viaje hacia el lejano retorno. En la religión cretense está presente el binomio muerte/vida desde épocas antiguas y pervive en las sucesivas épocas. Además de ser una manifestación divina, el toro fue víctima propiciatoria en los sacrificios rituales.

Esa relación la encontramos evidenciada y documentada en los hallazgos arqueológicos de enterramientos pretéritos, donde la presencia de cornamentas de toros formando parte del ajuar funerario, las pinturas de toros o los bucráneos esculpidos en las paredes de las tumbas, atestiguan de una manera inequívoca la presencia del toro en la órbita funeraria.

Se repite el binomio muerte-resurrección en que, a través del tránsito por el mundo funerario, surge un nuevo ser, una nueva vida, con la intervención imprescindible del toro como elemento generador de vida por excelencia.

Las abundantes esculturas de toros halladas en el área levantina y andaluza, se han relacionado con el mundo funerario, como elemento acompañante y protector del difunto en su viaje hacia el lejano retorno a la vida futura.

En Roma estuvo muy extendido el culto a Mitra, divinidad persa adoptada por las legiones romanas. Mitra era una divinidad de la luz y la cordura, que a menudo sus seguidores representaban matando al Toro Sagrado, «Taurobolio». Según la creencia, la sangre derramada del toro muerto empapaba la tierra y generaba vida. En estos ritos estaba prohibida la presencia de mujeres. Además, la sangre del toro sacrificado se empleaba para el bautismo de sus seguidores. Estas prácticas paganas se fueron relegando con el avance del cristianismo, hasta su definitiva prohibición a finales del siglo IV d.C.

En los capítulos siguientes intentaremos rastrear la evolución de la figura polivalente del toro, asociado tanto a la vida como a la muerte, desde el Paleolítico hasta la génesis de las religiones nacionales e internacionales, para terminar en las religiones místicas.